

## IV.

## El hermoso Solignac.

En todo el ejército francés no existía ni un oficial, ni siquiera un soldado que no conociera al coronel Enrique de Solignac, *el hermoso coronel*, como le llamaba el mismo Napoleón, *el hermoso Solignac*, como le llamaban las mujeres. Se hablaba tanto de sus proezas públicas y de sus aventuras privadas, como de las novelas de la baronesa de Montolieu ó de la condesa de Genlis. El Lindorf de *Carolina de Lichtfeld* y Don Sancho de *Alfonsina ó la ternura maternal* que acababan de aparecer, no habían excitado entusiasmos más ruidosos, ni más pasiones ocultas que aquel héroe de novela en carne y hueso, de quien las estampas populares habían publicado retratos, en traje de coronel y al frente de sus húsares.

El hermoso Solignac era joven, apenas tenía veintiocho años y había ganado realmente todos sus grados con la punta de su espada. Era el coronel más joven del ejército y cuando le hablaban de su edad y le felicitaban por sus rápidos ascensos, contestaba:

—¡Bah! ¡cuántos á mis años eran ya generales!

El hermoso Solignac pasaba por tener un origen muy romántico. Los unos, los que le admiraban, decían que era hijo de una princesa; otros, sus enemigos, los que le envidiaban, que era hijo de un boyero. Lo que había de cierto es que el hermoso Solignac llevaba el nombre de la aldea limosina en que había sido criado y en donde, según decían, había nacido también.

De mirada altiva, talle flexible, alto y bien formado, con uno de esos aspectos bondadosos y risueños que parecen atraer á la suerte, Enrique de Solignac era uno de esos soldados de fortuna que seducen á la fama y para los cuales cada combate parece un beso robado á la gloria.

David pintó en su cuadro de la *Consagración* algunos de esos buenos mozos de anchas espaldas y muslos de atletas, resplandecientes, con sus uniformes cubiertos de dorados en todas las costuras.

Solignac mandaba el primer regimiento de húsares, el famoso *Bercheny*, célebre en todo el ejército, y cuyos ginetes no habían degenerado desde los intrépidos húngaros, que bajo el mando del primer *maestre de campo*, en 1720, habían conquistado la fama del regimiento.

Magnífico con su traje de húsar, que le agradaba adornar como á Murat, con pasamanería más lujosa de lo que prescribían los reglamentos, el hermoso Solignac tenía el privilegio de atraer siempre las miradas de Napoleón en

aquellas solemnes revistas que pasaba el emperador, y en las que, á veces, veinte mil hombres permanecian inmóviles, en un silencio terrible y reteniendo casi hasta el aliento bajo sus rudos bigotes (1).

A Napoleon no le gustaban los adornos, pero el altivo porte con que Solignac llevaba su uniforme le agradaba.

—Lleveis un traje de baile, coronel,—le dijo un dia—pero en último resultado, no es una falta ser elegante y parecer que se va á empezar una contradanza cuando forman la orquesta los cañones rusos.

Solignac hacia pocos meses que era coronel, pero hacia ya mucho tiempo que le daban ese nombre, porque en realidad mandaba el regimiento, cuyo coronel habia muerto; al cargar en Essbing y Wagram fué cuando el hermoso oficial ganó definitivamente su titulo.

—Sois muy joven para vuestro grado—le dijo el emperador—pero la guerra quiere á los jóvenes.

—Señor—repuso Solignac,—¿qué edad tenia vuestra majestad cuando conquistó la Italia?

Napoleon se sonrió y saludó á Solignac con un gesto afectuoso.

Apreciaba mucho realmente á Solignac. Los primeros hechos notables del joven oficial eran célebres hacia mucho tiempo. A los diez y ocho años, en mil setecientos noventa y siete, Solig-

(1) Un reglamento del año XIII (1805) ordenaba que toda la caballería usase bigote, **excepto los dragones**.

nac habia abandonado su pais, en donde habia sido educado por un anciano sacerdote y, en compañía de su hermano de leche, Marcial Castoret, hijo de un carnicero de Limoges habia ido á reunirse con el ejército. Era toda la ocupacion y todo el porvenir reservado á los jóvenes en aquella época en que temblaba el suelo y el aire olía á pólvora.

Aunque no habia conocido nunca á sus padres, Solignac habia vivido como si no hubiese estado solo en el mundo. La casa en donde se habia criado, en Solignac, le pertenecia. El sacerdote que le instruía, administraba admirablemente los bienes que poseia el joven Solignac y que procedian de un legado desconocido. Aquellos bienes eran considerables. La revolucion no los habia tocado porque el sacerdote era un buen patriota y Enrique no tenia el noventa y dos más que trece años.

Además, la revolucion no fué muy feroz en el Limosin. La persona más influyente del pueblo de Solignac, la señorita de la Rigandie, no habia soñado siquiera en emigrar.

Era una mujer valiente, una solterona, adorada en el pais, que se habia encargado de la educacion del joven Solignac; al principio le confió al sacerdote, y despues de haber cuidado, por compasion femenina, por pura bondad de alma, segun decian, de la infancia de aquel hijo de la casualidad ó del amor, conservaba á Solignac, ya hecho un hombre, un especial cariño.

La señorita de la Rigandie, que habitaba par-

te del año en el Limosin y poseía en París un hotel, en que siempre recibía al coronel, había visto crecer á Solignac con cierto orgullo, como si tan caballeresco valor fuese obra suya, y cuando, á los catorce años, el niño fué á París á completar su educacion en un colegio, y cuando á los dieciocho Solignac abandonó sus lecciones para vestir su uniforme de soldado, la señorita de la Rigandie no pudo menos de besarle en la frente, deseándole mucha suerte y buenas campañas, mientras decia al preceptor con su libre manera de espresarse, propia del siglo XVIII:

—¡Es todo un hombre ese mocoso!

Los deseos de la señorita de Rigandie habian sido, segun se ve, de buen agüero para el hermoso Solignac. Instruido é intrépido, pronto conquistó sus galones, y en 1799 Championnet le nombró su ayudante de campo. Cada etapa del ejército era para Solignac un paso hácia la gloria, y cada batalla se saldaba para él con un nuevo grado.

Un día se le vió á la cabeza de un puñado de húsares renovar audazmente las proezas de los heroes de Homero, cargando seguido únicamente de ocho ó diez hombres, á una compañía croata, dispersándola y luego recogiendo á los enemigos que huían, para conducirlos prisioneros al campo francés. Solignac no tenía más que una idea: *Luchar*, y que una divisa: *¡Adelante!* Capitan en Marengo, repitió hasta seis veces, rindiendo á sus hombres, las cargas á carrera tendida que dieron tiempo á que la divi-

sion Desaux llegara al campo de batalla. Por la noche se decia en el ejército: «Hoy ha habido cuatro heroes: Desaux, Kellermann, el capitan de Juniac del primero de húsares y el capitan Solignac del mismo regimiento.»

Las bayonetas, las balas y los sablazos parecían impotentes para agujerear el brillante uniforme del hermoso Solignac. Este, siempre audaz y temerario, había aceptado también, un combate particular con un oficial de húsares de Wurmser y delante de todo el ejército inmóvil y espectador, le había partido la cabeza como los valientes antiguos partían en dos á sus enemigos.

Simpática mezcla de loco valor y fria razón, Solignac era al mismo tiempo, y segun las circunstancias, el más juicioso y el más exaltado de los hombres. Jamás hubiese provocado al húsar de Wurmser si el alemán, cansado de oír hablar de la intrepidez caballeresca del hermoso Solignac, no hubiera aprovechado la suspensión de armas para mandarle el cartel de desafío.

Un duelo no debe buscarse nunca—dijo Solignac—pero jamás debe rehusarse; ¡Dios me libre de enviar mis testigos á nadie pero si se presentan á mi, en nombre de otro, siempre serán bien recibidos!

A pesar de su extraordinaria y peligrosa fuerza en la esgrima, Solignac no abusaba nunca de esa superioridad, ni aun usaba siquiera de ella, juzgando que valía más arriesgar su vida por su patria ó por su querida que por una querella.

—El más brillante de los duelos—solia decir—nunca será una buena accion!

No tenia la melancolía del combate, ni desenvainaba jamás el sable suspirando, al contrario, le agradaba la embriaguez feroz de la batalla y ese olor de pólvora que cauteriza los pulmones; como el viento lleno de azufre de la tormenta, pero era humano y su valor insensato no excluía la ternura de su corazón.

En el Petit-Saint-Bernard, se habia precipitado, á riesgo de romperse la cabeza, en un barranco horrible, en donde acabababa de caer un oficial de dragones herido; á costa de grandes esfuerzos lo habia sacado, viéndose al oficial de húsares llevar sobre sus hombros al de dragones desmayado.

El herido era el comandante Riviere.

Entre aquellos dos hombres, uno de más edad y reflexion, otro más joven y exaltado, y ambos heróicos, nació una estrecha amistad que los peligros comunes fueron arraigando. En las batallas hay encuentros estraños y providenciales. Solignac, en el Petit-Saint-Bernard, habia salvado la vida á Claudio; en Austerlitz, Solignac, rodeado de cosacos, con las piernas cogidas bajo el vientre de su caballo herido, iba á ser despedazado, cuando el comandante Riviere, con sus dragones, corrió á galope tendido, dando tajos á derecha é izquierda á los enemigos, salvó á los húsares y partió la cabeza al hombre que, con la punta de su lanza, rozaba ya la sien izquierda del hermoso Solignac.

Se llamaban entre sí hermanos de armas, y la

vida del uno estaba consagrada al otro. Separados por la casualidad de las marchas y las campañas, reunidos por el mismo patriótico amor, ambos sabian que, en un momento dado, podian contar uno y otro con la más completa adhesion que hombre alguno esperara hallar en el mundo.

Solignac, cuyo ideal era la accion, el movimiento y la vida, no comprendía, ni queria tampoco comprender nada de los sueños de libertad que acosaban el alma de Claudio Riviere como el espectro del deber.

Cuando las opiniones del comandante le valieron la brutal orden de retiro que arrojó á Riviere á la lucha sorda y resuelta, Solignac recibió el golpe de rechazo, pareciéndole que era á él á quien quitaban las charreteras.

—El ejército pierde un valiente oficial—dijo claramente á Bernádotte.

—Es cierto—repuso el futuro rey—pero al emperador no le gustan los descontentos; sospecha hasta de mí. Compadezcamos al comandante Riviere.

—Y compadezcamos al emperador—añadió Solignac.

El hermoso Solignac, segun vemos, hablaba claramente, en un tiempo en que el silencio estaba á la orden del dia, y Napoleon, que soportaba á veces, á sus *gruñones* observaciones que no hubiera tolerado en los lábios de sus mariscales, pasaba muchos caprichos á su *hermoso coronel*. Una de ellas fué que Solignac, rico y gran señor en su modo de ser, habia dotado á

su regimiento de una música más numerosa de lo que permitía el reglamento.

—¿Por qué habeis hecho eso, coronel?—le preguntó el emperador.

—¡Para hacer más ruido al entrar en las ciudades que tomemos, señor!

No había medio de contestar. El emperador se sonreía, y el hermoso coronel continuaba dirigiendo su regimiento casi á su capricho, como en el tiempo en que el conde de Bercheny mandaba *Bercheny*.

El primero de húsares era, además, uno de los mejor equipados, de los más correctos y, como decían los soldados, de los más *flamantes* del ejército. Sus dolmanes azules olian á pólvora y nunca tenían ni un átomo de polvo.

Severo respecto á la disciplina, el coronel Solignac era bueno y querido. Cuando algun oficial del regimiento cometía alguno de esos pecadillos en que, por falta de un poco de dinero, peligraba el honor del soldado, el comandante Solignac (luego coronel) pagaba sin hacer alarde las deudas contraídas, y no pedía por todo agradecimiento sino un rostro alegre en el inmediato ejercicio y buenos sablazos dados al enemigo en el próximo combate.

Aquel héroe del campo de batalla era, por consiguiente, un verdadero héroe de novela. El bello sexo había representado también su papel en aquella existencia. Siendo subteniente, el hermoso Solignac ya se marchaba á caballo para pasar dos horas junto á una mujer querida, haciendo diez leguas de ida y vuelta á galope, y

nunca había faltado ni un minuto en donde su obligacion le llamaba. Jinete admirable, domaba los caballos como hubiera podido hacerlo el mejor desbravador.

Tenia en el Limosin un terrible caballo que los más intrépidos renunciaron á domar. Era un caballo fogoso, enemigo del bocado, y relinchando como rugen los tigres. Solignac, sonriendo, contestaba á los que le hablaban de él:

—¡Yo le venceré, á fé de Solignac!

Y permaneció doce horas montado en la silla con las rodillas apretadas y el puño inmóvil, hasta que el caballo estuvo domado, vencido.

Atrevido con las mujeres, pero con maneras de caballero, no de soldadote, aquel oficial de Austerlitz que, por lo cortés, habría podido ser un militar de Fontenoy, sabía el límite extremo en que, de traspasarlo, su elegante audacia se habría convertido en grosera impertinencia.

En una de las grandes recepciones de las Tuilerías—el hecho se hizo célebre—la emperatriz Josefina le dió su enguantada mano á besar. Solignac la cogió con la punta de los dedos de su mano izquierda, bajó respetuosamente con la derecha el guante largo y flexible que llevaban entonces las mujeres y depositó, como hubiera podido hacerlo un Richelieu, un largo y discreto beso en el blanco brazo de la emperatriz. Entre las damas de honor se cruzaron acto continuo miradas escandalizadas que anunciaban tormenta; pero Josefina se sonrió. El audaz Solignac estaba perdonado, la mujer se hallaba halagada al mismo tiempo que la soberana, y